

CENTENARIO DEL POETA DE LOS CIENT LAUROS



JAVIER DEL GRANADO

27 DE FEBRERO 2013

Discurso del Dr. Juan Javier del Granado Rivero, Universidad Nacional Autónoma de México

¿Son acaso los lauros del poeta pamemas, inventos, embustes trufados de un falso dulzor que lleva en sus entrañas la ponzoña del engaño? ¿Por qué honramos, al igual que un patriota inmolido, al poeta épico cuando canta las proezas de su héroe? ¿Es que, acaso, ambos actúan juntos y se instalan en la gloria? Al explorar en los inicios de la literatura en la Antigüedad griega, ya están presentes el gran héroe y el gran poeta de la patria, unidos bajo un propósito común: la creación y la consagración de la κλέος, de la gloria transmunda, llevándose ambos nutridos aplausos por sus hazañas epónimas. Poeta y héroe se entremezclan en el imaginario popular, hasta el punto de llegar a confundirse en la figura de la «metalepsis del autor», acotada por el narratólogo francés Gérard Genette en su *Métalepse*. Así, el alma atribulada de un héroe afligido, como Odiseo o Néstor, siente apasionadamente el imperativo de narrar sus desgracias, o en el caso de Aquiles, hasta de empuñar la lira prodigiosa del poeta, cantando las hazañas de los héroes griegos.

Y el mismo poeta, así también, concibe su propio quehacer, es decir, el osado vuelo de su genio creativo —sobre todo, en el constante diálogo desprendido de sus labios entre palabra e imagen, que le permite concebir el mundo a niveles profundos pero accesibles a todos— como algo rayano en la proeza más heroica. Virgilio en el proemio de su tercera *Geórgica* exclama: «uictorque uirum uolitare per ora», repitiendo así las palabras triunfantes de aquel famoso epigrama de Ennio: «uolito uiuus per ora uirum».

A los poetas épicos la posteridad les concede un trato parecido al que ellos mismos dispensan a los héroes de cuyas hazañas cantan. Al bardo se lo exalta y arrastra con el héroe a la heroicidad, y es frecuente que el pueblo lo idealice o idealice a su obra, como a un ideal en sí mismo, e incluso comience a divinizarlos. Pero en esta ocasión, en que nos reunimos con el deseo de homenajear al bardo en el centenario de su natalicio, otros destacarán la importancia que tuvo para la sociedad el «poeta de la Revolución Nacional», ya que solo los poetas pueden hacer que las palabras sean como las alas y atrapar a medio vuelo las exactas que esclarecen los acontecimientos de la historia, porque la identidad de cada quien se encuentra en su biografía y la de una nación —si es que existe algo así como la identidad de una nación— en su historia, leyendas y mitos.

Sí, Javier del Granado fue un poeta que coronó sus versos con la firma solvente del genio, y el país que no respeta y ama a sus poetas está condenado a caminar a ciegas al borde del abismo. Sin embargo, hoy, como su nieto, mi propósito más bien es el de humanizar a ese prócer de la plebe y poeta del pueblo, espejo de virtudes cívicas, cristiano modélico por su respeto a los demás, cuyas virtudes humanas y cualidades personales provocarían al más épico de los poetas y al más arrebatado de los rapsodas.

ROMANCE DEL HÉROE

JAVIER DEL GRANADO

Oh, General don Esteban
honor y prez de la Historia,
canción de huayño serrano
que en los charangos retoña.

Tu nombre llegó a nosotros
cuajado en sangre de coplas
y floreció en la garganta
silvestre de las palomas.

Fue en esta tierra morena
donde las quenas sollozan
y el sol que dora las mieses
canta en las tiernas mazorcas,
donde tus manos forjaron
aquella hueste gloriosa
que socavó con sus huesos
los Fuertes de la Colonia.

Ríos de sangre brotaron
del corazón de las rocas,
y el fuego del exterminio
redujo a escombros las chozas.

Fue ruda y larga la guerra,
mas, la raigambre criolla,
medró en silencio de cruces
como las jarkas coposas;
y cada rama fue en brazo,
y cada brazo un patriota.

La Virgen de las Mercedes
perdió sus dedos de rosa,
por restañar las heridas
donde los sables se embotan,
y los caudillos del pueblo
fueron izados en la horca,
como banderas de triunfo
que en el arco iris tremolan.

El alba segó las mieses
con su guadaña de alondras,
sembrando polvo de luna

sobre la augusta memoria
de aquellos hombres bravíos
que armados de sus picotas,
cavaron el horizonte
para que alumbre la gloria.

¡Ay! General don Esteban,
flor de charango y paloma,
qué duros vientos soplaron
sobre esta tierra de auroras,
cuando los wauques bizarros
tiñeron en sangre roja,
la copa de los chilijchis
que incendia el sol de Viloma.

Pero jamás tu alma grande
se doblegó en la derrota,
y vencedor o vencido
fuiste el Quijote de Aroma
que acicateando a su potro
que ante el nevado resopla,
contra un molino de viento
trizó su lanza ilusoria.

Porque los hombres del Valle
hechos de arrullo y de roca,
son fieros como el torrente
que se desborda en las lomas,
y altivos como las cumbres
donde los cóndores moran.

Las nubes se disiparon
en un airón de gaviotas,
prendiendo un haz de leyenda
sobre las viejas casonas
de la romántica Villa
que las retinas asoma:
con sus balcones labrados
y sus callejas tortuosas;
donde creciste, Aguilucho
de la insurgencia criolla,
enmadejando horizontes
en tus pupilas indómitas.

Tu espada talló en los riscos
el Himno de la Victoria,
y urgidas de primavera
reflorecieron las lomas,
bajo el resuello del viento
que los capullos deshoja,
para enflorar el sendero
por donde marchan tus tropas.

Porque esta Patria que amamos
hecha de fuego y aurora,
nació a los senos frutales
de las mocitas criollas,
y es hija de esos guerreros
tiznados en sangre y pólvora.

La selva meció tu sueño
con el rumor de su fronda,
y destrenzó de crepúsculos
su cabellera olorosa,
sobre el fanal de luciérnagas
donde tus restos reposan.

El tiempo pasó descalzo
sin dejar musgo en tu fosa,
y es a través de los siglos
que se agiganta tu sombra,
sobre la América libre
que te bendice y te invoca,
como al más bravo Caudillo
de los que ilustra su Historia.

Oh, General Don Esteban,
espada de los patriotas,
valluno de pura sangre
tallado en fibras de roca,
tu imagen de alto relieve
quedó acuñada en la aurora,
y hoy como ayer, en el alba,
cantan campanas de gloria.

ROMANCE DE LA NIÑA AUSENTE

JAVIER DEL GRANADO

Fue en esta tierra valluna,
cantar de sol y payhuaro,
que desgrané mis romances
al pie del Ande nevado,
cuando surgió en mi camino,
sobre los surcos preñados,
aquella Niña de ensueños,
¡aurora y flor de mi pago!,
que deslumbró mis pupilas
y puso miel en mis labios,
embelleciendo mi vida
como un paisaje serrano.

Por ella me hice poeta,
y amé en sus ojos sombreados,
la lumbré de las auroras
y el vuelo azul de los astros,
que cantan al Ser Supremo,
bajo el fanal del espacio.

Fue nuestro amor un idilio
de tierra ardiente y riacho,
que floreció en el arrullo
de los hulinchos montanos,
cuando mis manos sedientas
de eternidad, destrenzaron
el oro de los trigales,
sobre sus hombros de nardo.

Sentí en su cuerpo de mieses
calor de predio sembrado,

piar de nido en su boca,
amor de madre, en sus brazos,
y acariciando en las lunas
el fruto recién logrado,
canté a mi valle nativo
con voz de gleba y charango.

Canté la agreste belleza
de los paisajes serranos,
la espuma de los torrentes,
la sierra parda y el llano;
la nieve de las montañas
y el latigazo del rayo
que incendia los horizontes
en fulgurar de topacios.

Canté las fiestas aldeanas
y las faenas del agro,
donde los rudos labriegos
encallecieron sus manos,
agavillando en las eras
la mies cuajada de granos,
que salpicó en las quebradas
el trino de los chihuacos.

Canté a las mozas de Colpa
y a los varones de Ciaco,
que medran en los breñales
como las plantas de cacto,
sorbando el cielo en sus ojos
y la poesía en sus labios.

Canté la vida del ayllu,
¡himnos de sol y trabajo!
que arracimó las estrellas
en el clarín de los gallos.

Y hundí mis pies en los surcos
como las raíces de un tacko,
para absorber en su médula
el alma del pueblo indiano,
que floreció en el ramaje
de las cantutas del Lago.

En fin, canté los crepúsculos,
el cielo azul, el regato,
la lumbré de la encañada
y el canto en flor de los pájaros;
porque en mis venas bullía
la sangre de mi terrazgo,
y el madrigal de ternura
que me brindaron los labios
de aquella Niña de ensueños,
¡aurora y flor de mi pago!

Pero no quiso el destino
que continuase cantando,
y vi quebrarse su imagen
en el cristal del remanso.

La vida se me hizo triste,
sentí el vacío en mis brazos,

dolor de ausencia en mis ojos,
sabor de hiel en mis labios.

Y anonadado y doliente
quedó mi ser meditando
en las miserias del hombre,
¡polvo de luz y de átomo!
que hizo inmortal el espíritu,
en el dolor del arcano.

La larva del pensamiento
rasgó el capullo en mi cráneo
y abrió sus alas de angustia
sobre el idílico tálamo,
donde ya nunca la amada
me estrecharía en sus brazos,
acariciando mi frente
donde los sueños nidaron.

¡Ay!, qué recuerdos evoca
la vieja casa del rancho,
donde mi vida fue un sueño
desvanecido en sus manos,
y el canto de las alondras
segó su nombre en mis labios.

Y desde entonces, sin rumbo,
sin fe, ni amor, por los campos,
huyendo voy de mí mismo
como una sombra sin llanto.

Discurso del Excelentísimo Señor Presidente de la República Don Alfredo Ovando Candia

—Gral. Alfredo Ovando Candia

Insigne Poeta:

Alguien dijo que "los pueblos que han perdido sus leyendas están condenados a morir de frío" y yo creo que los pueblos que no tienen poetas están igualmente condenados a morir de frío. Por ello, reviste para mi caracteres de singular complacencia el dirigirme a vos, don Javier del Granado que, tras haber vencido en un concurso de jerarquía mundial, vais a recibir el lauro máximo al que puede aspirar un poeta. Recibid mi homenaje, el de mi gobierno y el del pueblo de Bolivia.

Orgullosos de ser Bolivianos.

La obra poética que habéis realizado, a través de una vida de total consagración a tan elevado quehacer, ha hincado raíces en los más profundo del alma nacional. Vuestros romances y sonetos, plenos de luz y musicalidad, cantando unas veces la clara euforia valluna plena de "hual-luncas", otras, exaltando las glorias de vuestro suelo natal donde guerrilleros de la talla de don Esteban Arce, o mujeres extraordinarias como las Heroínas de la Coronilla, escribieron las más rutilantes páginas de nuestra historia, escapando a los marcos de la poesía abstracta que tantas veces resulta negativa, adquieren niveles constructores, haciendo que los bolivianos, al conocer mejor nuestra historia, en su épica grandeza y al elemento humano en su sencilla y cotidiana tarea junto a la tierra madre, nos sintamos más orgullosos de haber nacido junto a nuestra montaña, nuestros valles o el trópico ardiente, al que también supisteis cantar en estrofas inspiradas.

Nueva Consagración

Todos recordamos la forma en que habéis sumado vuestro permanente concurso a las mejores horas de exaltación del alma boliviana.

El himno al Mariscal de Zepita es vuestro, como es vuestro el canto a Bolivia, cincelado en sonetos impecables. Sois pues, un poeta que afirmando los pies en la tierra fecundada por los huesos de los muertos que nos hablan con voces inaudibles de un pasado que linda en lo legendario, proyectáis hacia el futuro vuestra voz admonitoria de paz, progreso y grandeza nacionales.

Varias veces habéis sido galardonado con premios de gran categoría. Hoy sumáis este que os consagra una vez más. Creo, sin embargo, que ninguno de los premios que podáis recibir en vuestra vida tendrá la jerarquía del que os ha conferido el alma de vuestro pueblo. Llegar a él, como vos lo habéis logrado, saber que vuestros poemas, han calado hondamente en todos los niveles y que el niño que canta o el adolescente que ama repiten con emoción vuestras palabras, pienso que es lo máximo a que puede aspirar quien como vos ha hecho entrega de su vida al culto de la belleza.

Obligación con la Patria

Señor del Granado: tengo en honra ceñir vuestra frente con esta Corona del Laureles de Oro y al hacerlo, en nombre del pueblo de Bolivia, quiero subrayar la obligación que tenéis contraída para con él. Sed el permanente creador de obras que inspiren en esta tierra a la que todo le debemos. Poned vuestro generoso corazón en servicio de los demás elevados ideales de la bolivianidad y sed siempre, como hasta hoy lo habéis sido una razón de justificativo orgullo para vuestros compatriotas.

Gral. Alfredo Ovando Candia
Presidente de la República de Bolivia
La Paz, 28 de mayo de 1966



Discurso del Presidente de Bolivia en la Coronación del Poeta Javier del Granado

—Gral. René Barrientos Ortuño

Excmo. Sr. Presidente de la Junta Militar de Gobierno, Sra. Doña Elsa Omiste de Ovando, Señores Ministros de Estado, Honorable Cuerpo Diplomático, Distinguidas Autoridades, Caballeros, Damas, Sr. Presidente del Club Social, Ilustre Poeta:

En esta época de reconstrucción que prepara el futuro resurgimiento del País, son pocas las satisfacciones y muchos los deberes y fatigas; pero vos, nos dais el bello regalo de una victoria espiritual para la Patria, que nos colma de orgullo, porque proyecta la cultura nacional, más allá de nuestras fronteras.

La distinción singular que os dispensará el gobierno hermano de Filipinas, es el reconocimiento a vuestros méritos singulares de artista creador. Durante muchos años habéis deleitado a los lectores de Bolivia y de América, con vuestros hermosos poemas de fino sentimiento y depurado gusto, a través de los cuales, habéis dibujado sutilmente los perfiles del valle jocundo, las costumbres eglógicas de sus moradores, interpretando con tierno acento las excelencias de la vida rural, el encantamiento de la naturaleza, los nobles sentimientos de la gente valluna; otras veces vuestra lira se remontó a la expresión de idealidad mayor, trasuntando una inteligencia superior que supo indagar por el hombre y su destino.

Descendiente de aquel immaculado patricio que fue Don Félix del Granado, formado en tradición cristiana, conservando la ática serenidad del clásico en medio de la vorágine de los desordenes modernos, supisteis conservar un sitio envidiable en la poesía boliviana, sois el Aeda del canto claro y armonioso, el que dice su verdad sin velos y sin oscuridad rebuscada, habéis dado paz, belleza, nobles creaciones a la juventud de la Patria, enseñándole el recto camino de la verdad, de la sana razón y de la noble construcción sensible; sois pues el poeta de la serenidad, de la vida diáfana, tocada de verdad y dignidad; muchas veces vuestros poemas premiados en concursos importantes, vuestros inspirados cantos a la Patria, o vuestras tiernas estrofas al hogar, al amor, al paisaje terruñero, a los más delicados matices del alma, conmovieron mi espíritu, y estad seguro, de que en las Fuerzas Armadas, donde hay muchos valientes que detrás de la espada esconden la lira del soñador, son muchos los Jefes, Oficiales y soldados que bebieron agua de vida en vuestros cantos alados y tranquilos.

Cochabamba, suelo de poetas e idealistas, os ve surgir como uno más entre sus hijos predilectos; y Bolivia se ufana de que tras de una vida decorosa, llevéis ahora los blasones de nuestra cultura por todos los países de habla hispana.

Todos, nos unimos, a esta consagración continental de vuestro nombre, que hace honor a la poesía boliviana, también las Patrias se hacen y se enaltecen con los triunfos del espíritu. Vos, abanderado de la cultura, nos habéis guiado por el recto camino del buen quehacer, que vuestro talento siga produciendo hermosas composiciones líricas, para regocijo de vuestros numerosos admiradores y para mayor prestigio de nuestras letras, quiero deciros que la Junta Militar de Gobierno, el Sr. Gral. Ovando y yo, compartimos fraternalmente vuestro éxito.

La poesía, Don de Dios, es la música para las almas y nuestro pueblo viril y tumultuoso, se guio siempre en sus grandes Vates, que como vos, supieron darle emoción, belleza y remanso de alegría.

Inspirado Poeta, la Patria agradecida os rinde homenaje; que el turpial de Cochabamba, deje oír sus nuevos cantos para gloria de Bolivia; al imponeros la Corona de Laureles, como a Maestro del Gay Saber, expreso mi particular complacencia por vuestro triunfo, que la honra que vos regaláis hoy, a la Patria, nos sirva a los hijos de esta tierra como paradigma.

Gral. René Barrientos Ortuño
Presidente de la República de Bolivia
Cochabamba, 14 de septiembre de 1965

*"Mi espíritu no es águila que trasmonta altanera
las elevadas cumbres de la meditación...
es débil golondrina que vuela en la pradera
y ensaya en los vergeles su lírica canción."*

1939

CARTA DEL CARDENAL EN LA SANTA SEDE, SANTOS ABRIL Y CASTELLÓ



Querido amigo Don Javier:

Esta carta no lleva fecha. Se la escribo en la atemporalidad en la que ya vive....Llega hasta la otra orilla, tan lejana... y tan cercana de esa vida que compartí con Ud. en momentos de intensa comunión espiritual.

Valoro hóndamente el sentido de su amistad, reflejo íntimo de su ser, en el que cabía todo lo bello, lo digno, lo auténtico, expresado en trazos de hombre refinado y con galanura de poeta que, sueña, cumbres inexploradas y las transforma en llanuras accesibles.

En nuestros inolvidables intercambios, le ofrecí, lo poco que tenía, desde mi condición de eclesiástico en representación de la Santa Sede y como amigo cordial de su pueblo: altiplánico, valluno y oriental.

De Ud. y de sus escritos -trozos de los cuales gravé en mi memoria por el estímulo que me daban- aprendí, no poco; y admiré algo que me impactó por siempre: el ilimitado y candente amor a su terruño.

No se aún si sus versos de altura nevada andina, fueron cantos sonoros de vida: a su tierra, a su valle y a sus gentes. O de tersa y sublime inspiración humanizada, a la "Señora del Valle Nuestro", al "Ser Omnipotente de Eterna Epifanía"; o si su Musa fecunda, fué tan solo el eco de lo hermoso cuando acaricia el alma y se hace irreprimible. Solo se, que en ellos encontré engarzadas tantas reminiscencias de un gran escritor español, que leí hace años con fruición.

Don Javier, amigo en el recuerdo permanente, hombre que enalteció a la querida Bolivia y de allende a las naciones hispanas -la suya la primera- que lo ha reconocido en todos sus sectores y ha perpetuado su eminente valía, erigiendo un Monumento a su memoria, en su solar nativo.

¡Ojalá! que como a uno de los mejores hijos de su suelo, lo conviertan ahora más que antes en lo que puede y debe ser: el Maestro que con su ejemplo, dignifique, a la actual y futuras generaciones de Bolivia. Así, en un doble sentido "la muerte es la aurora de otra vida".

Desde la orilla que alcanza idealmente la otra y con sentimientos que acumula espíritus.

+ Santos Abril

Siempre Poeta

Al amigo Javier del Granado
"el" poeta de Bolivia
—Fray Pedro de Anasagasti
Académico de la Lengua

Todo el agro, su luz y su fragancia
cupieron en la arqueta de tu estro:
paisaje, amor, sudor, odio y siniestro
todo lo burilaste con prestancia.

Tu pluma prócer canta la elegancia
oculta en toda flor que en un cabestro.
En lo pequeño y feble sois maestro,
espiondo en todo ser su resonancia.

Nuestra Historia, grabada a sangre y fuego,
no tuvo para ti ningún secreto;
la fecundó tu verso como riego.

A cada ser le das su rostro neto.
¿Quien sois, con tu alfabeto solariego?
Sois Javier del Granado hecho soneto.

CORREOS DE BOLIVIA

Bs 3.00



Dn. Javier
del Granado

Poeta de los
Cien Lauros

Nació en Cochabamba, 27-02-1913

Imprimen sello postal en homenaje a
Javier del Granado

Mediante resolución ministerial del Ministerio de Desarrollo Económico y la Dirección de Correos de Bolivia oficializaron un reconocimiento al poeta cochabambino Javier del Granado.

Los Tiempos/Cochabamba/Mayo 2000

CANTO AL GRAN MARISCAL DE ZEPITA Y DEL GRAN PERU, DON ANDRÉS DE SANTA CRUZ

JAVIER DEL GRANADO

Gran Mariscal de Zepita,
¡Gloria y honor de la Patria!,
fulgor de enhiesto nevado
y oleaje del Titikaka.

La Paz en nido de cóndores,
meció tus sueños de águila,
y el corazón de la América
se abrió en la cruz de tu espada.

Fue en esa puna bravía,
zampoña de la altipampa,
gemir de viento dolido,
y ala de luz y plegaria,
donde el amor de una Ñusta
y el fiero orgullo de España,
mezclaron sangre y estirpe
en arrullar de torcazas.

Tu madre pobló de ensueños
la sombra de tus pestañas,
y el fuego de su ternura
colgó tu cuna en el alba.

Los años se desgranaron
como collares de chaskas,
iluminando tu mente
con las leyendas aimaras,
y el viejo Imperio del Cuzco
tallado en piedra sagrada,
en lumbrarada de siglos
hundió su raíz en tu alma.

Por eso tus pensamientos
en el espacio chispeaban
como luciérnagas de oro
en pos de sombras fantásticas,
y soñador y nostálgico
vagabas por Coricancha,
las ruinas de Tiahuanacu,
o el Lago de Manco Cápac,
donde los leuques rizaron
de azul y espuma sus alas.

Mientras brillaba la luna
sobre el cristal de sus aguas,
buscando acaso en sus ondas
la aureola del Mururata,
que cercenó de un hondazo
la furia de Pachacamaj,
para ceñir tu cabeza
con el airón del Monarca.

El choque de las tizonas
forjó el blasón de tu casta,
que canta la gallardía
del Vencedor de las Navas;
y en campo de azur bordaron
las ninfas y las oceánidas,
tres bandas de oro bruñido
que incendió el rayo en su flama;
y al verlo el Rey Don Alonso,
dispuso que se agregaran
sus cinco dedos sangrantes
sobre el broquel de tus armas.